

LOBO DE MAR

El viejo capitán se sienta en su trono resquebrajado mientras el sol comienza a decaer en el horizonte. Su mirada mantiene un brillo de rebeldía que se pierde cada vez más, arrullado en la bruma de los años. Una media sonrisa decora un rostro marcado por las arrugas, dirigida a la oscuridad de la estancia, sin reflejarse en espejo alguno. Un ligero parpadeo y un ceño fruncido son la canción pausada que le sirve de fondo. Me pregunto qué pasará por su mente, qué mirará de esa forma tan apasionada y, a la vez, apagada.

La sopa humea todavía en la olla, pero él parece que ni siquiera la huele. Le gustaba caliente, pero ahora retira la lengua cada vez que siente el ardor en sus labios. Quizás le traiga el recuerdo de malas experiencias pasadas cuando solo rendía tributo al mar embravecido y a los tritones que salían a la superficie para acompañar su sopor hasta la orilla. Carraspea y suspira profundamente mientras ocupo mi asiento, a su lado. Ni siquiera vuelve el rostro cuando lo saludo.

—¡Oh, capitán, mi capitán!

En el pasado, su timón no conocía temor alguno. Navegaba por diversos despachos sin luz natural, peleaba contra piratas canallas que solo ansiaban el oro y desoía los cantos de sirenas que escondían un hambre voraz y descontrolada. Recuerdo cuando volvía a casa, triunfador, de espaldas anchas, lo suficientemente activo todavía como para alzarme del suelo y hacerme volar. El tiempo hizo mella en su ímpetu, y las canas amenazaban con envejecer demasiado pronto un rostro todavía vigoroso. Resistió contra viento y marea hasta que el faro comenzó a fallar.

—¿Hacia dónde zarparemos hoy? —pregunto con una risa débil—. ¿Cuál es el rumbo?

Me mira, al fin, lentamente. Sus ojos se extrañan y recibo un puñal demasiado frío y mortal como para esquivarlo. Le mantengo la mirada, firme y decidido, concentrado por transmitirle toda mi fuerza.

—¿Muchacho? —pregunta, sin convicción alguna en el tono.

La marea sube a nuestro alrededor y el viejo capitán gira el rostro hacia la ventana. El sol murió hace tiempo y se llevó consigo el brillo blanquecino de una mirada cansada de luchar. Solo nos queda esperar y mirar a un horizonte que se vuelve más cercano y lejano al mismo tiempo. Nuestros corazones parecen latir como uno solo por momentos, ignorando los gritos despiadados de marineros caídos en desesperación, atrapados en cuevas de cíclopes o islas de hechiceras. Los ecos de una vieja canción irlandesa, cuyo nombre desconocemos los dos nos transportan hacia tiempos pasados, donde el dolor no era tan punzante ni tenía este sabor a miel. Los hombros caídos del capitán parecen temblar durante un momento, y sé que ya ha llegado al glaciar.

—¿Muchacho? —vuelve a preguntar a la oscuridad.